

LAS PERSPECTIVAS DE LA O.C.D.E. EN PERSPECTIVA

Las Perspectivas Económicas de la O.C.D.E., hechas públicas el pasado 22 de diciembre, constituyen uno de los análisis más solventes de la situación económica internacional. A partir de su contenido los siguientes comentarios pretenden repasar los que se consideran aspectos fundamentales de sus distintos capítulos.

Estos comentarios se dividirán en tres partes bien diferenciadas y referidas a: I) La situación de las economías de la O.C.D.E. antes de la reciente crisis bursátil. II) El impacto previsible de esta crisis y de la nueva caída del dólar. Y, III) La posición individual de los principales países miembros y del resto de la O.C.D.E. Una breve recapitulación final cerrará estos comentarios.

I. ANTES DE LA CAIDA

Donde estaban las economías de la O.C.D.E. antes del 19 de octubre de 1.987.

Inmediatamente antes del 19 de octubre, el Secretariado de la O.C.D.E. estimaba -y prevía- un crecimiento del PNB en volumen de aproximadamente un 2,75%, para el conjunto de la Organización y tanto en el ejercicio de 1.987 como durante los dos siguientes (1).

(1) Es muy posible que, en lo referente a 1.987, la estimación pecara de pesimista, a juzgar por los datos que ya se conocen sobre el tercer trimestre del año y los meses de octubre y noviembre; pero el crecimiento logrado en el ejercicio no parece que vaya a ser en todo caso mucho mayor que el indicado.

La dispersión en torno a esta tasa media de expansión era relativamente menor. Quedaba apreciablemente por encima de ella la correspondiente al Japón, estimada en un 3,75% para 1.987. También eran superiores las de España, Reino Unido, Canadá y Portugal; aunque el campeón del año (con un 6,5%, tras un 8% el año precedente) era Turquía, país Miembro demasiado diferente del resto para tenerlo muy en cuenta. Por debajo del crecimiento medio se situaban los de la R.Federal de Alemania y Francia (ambos con un 1,5%) y de la que podríamos llamar su zona inmediata de influencia (Bélgica y Holanda, Suiza, Austria). El crecimiento de los Estados Unidos, quizá especialmente infraestimado, vendría a coincidir con la media ocdeística. En 1.987 sólo se registraban dos descensos, leves, del PNB: los correspondientes a Dinamarca y a Nueva Zelanda, países ambos sometidos hoy a sendos choques estabilizadores.

Casi un tres por ciento de crecimiento real del PNB en el conjunto de la OCDE no es logro ciertamente desdeñable, sobre todo habida cuenta de que 1.987 constituía el quinto año consecutivo de expansión moderada pero ininterrumpida y sostenida (lo que no se había logrado en anteriores recuperaciones). Por otra parte, tampoco se trata ciertamente de una tasa de expansión que pueda juzgarse satisfactoria ni, mucho menos, brillante. Queda esta tasa por debajo de la lograda en 1.984 (3.2%) y 1.985 (2.8%); y llamativamente por debajo de lo que solía ser el ritmo de crecimiento en la O.C.D.E. con anterioridad a la primera crisis del petróleo (casi un 5% en el periodo 1.960-73, frente a un 2,3% en el periodo 1.980-87). Tan acentuada desaceleración lleva en realidad a preguntarse si no estaremos en presencia, más allá de los avatares coyunturales, de un declive profundo y persistente en la capacidad de crecimiento de las economías occidentales, ante una suerte de nueva "decadencia (económica) de Occidente". Centremos por el momento la atención en las implicaciones más inmediatas de este debilitamiento de la expansión económica.

Cabe ver la principal de ellas en la persistencia de altos niveles de paro que, según las informaciones disponibles a la fecha de cierre de esta edición de las Perspectivas, seguía en el conjunto de la O.C.D.E. por encima de los 30 millones de personas o en un 8% de la población activa. Hay que advertir, sin embargo, que la media resulta aquí muy poco representativa. En los Estados Unidos, la tasa de paro ha descendido fuertemente desde las cotas alcanzadas en 1.982/83 y en la actualidad, con un valor ligeramente superior -o inferior, según las últimas noticias- al 6% de la población activa, puede estar ya cerca de la correspondiente a una posición de pleno empleo. En el Japón no hay (o apenas hay) paro, aunque su tasa (3%) haya aumentado con respecto al pasado inmediato. Las instituciones niponas parecen en gran medida calculadas para que no lo haya nunca, lo que lleva a cuestionar cualquier comparación entre las tasas japonesas y las del resto del mundo occidental. Además las normas y costumbres de empleo en Japón llevan a que las empresas retengan trabajadores obligatoriamente (lo que se denomina "paro atesorado" que no es "paro abierto"). Si se añaden las personas que solo tienen trabajo a tiempo parcial, la tasa de paro japonesa real se elevaría apreciablemente.

Donde sí hay paro y reviste gran magnitud es, naturalmente, en Europa aunque también aquí se dan excepciones, como las que suponen de un lado Suiza y Austria y, de otro, Noruega y Suecia. En la O.C.D.E. europea la tasa de paro, a fines de 1.987, se estimaba en un 10,75%. Como es bien sabido, los campeones en este caso somos nosotros, seguidos hoy de cerca por Irlanda y ya a cierta distancia por Turquía.

La discrepancia entre Europa y los Estados Unidos en lo que se refiere a las tasas de paro se toma generalmente como una evidencia, o por lo menos indicio claro, de la mayor rigidez y peor funcionamiento de los mercados laborales europeos. La re-

ducción del desempleo en Europa habría de lograrse primordialmente mediante la flexibilidad y la reforma de normas, prácticas y usos laborales y no mediante manipulaciones de la demanda o gasto nacional.

Una notable paradoja la constituye, en todo caso, el que la persistencia de las altas tasas de paro europeas esté simultáneamente con un ritmo importante de creación de empleo. Tanto en el conjunto de la O.C.D.E. (con un 1,5% en 1.987), como en el subconjunto europeo (1%), este ritmo es hoy comparable al logrado en los momentos más dinámicos de la posguerra. España, de nuevo, es campeona en la materia en 1.987, con un 3,5% de incremento del empleo, es verdad que después de haber sido supercampeona en perderlo.

La paradoja se explica, al parecer, por el aumento también simultáneo de la tasa de participación y la vuelta al mercado de trabajo de trabajadores -y, sobre todo, trabajadoras- que se habían "desalentado" y retirado de él. El fenómeno daría de sí lo suficiente, se asegura, para mantener en los niveles presentes las tasas de paro registradas en Europa durante largos años. El fenómeno parece producirse con especial intensidad en España.

Otra paradoja o sorpresa: la referente al comportamiento de los salarios. Durante extensos periodos y en muchos países de la O.C.D.E. se había constatado una alarmante insensibilidad de los salarios al aumento del paro y al estancamiento o retroceso de la demanda de trabajo. Hasta cierto punto, vivimos ahora una situación contraria: aumenta el empleo, pero se mantiene en general una moderación de los aumentos salariales. Una clave del fenómeno está, sin duda, en el proceso de desinflación logrado.

El haber reducido las tasas de inflación desde los niveles muy desbordados de hace algunos años a los actuales constituye,

en efecto, el gran triunfo de las políticas económicas seguidas recientemente en la O.C.D.E. y la gran contrapartida de la desaceleración del crecimiento y del incremento del desempleo. En el extenso periodo 1.974-83, la tasa de inflación media anual fue de un 9,2%; había caído a un 5,8% y 3,3%, respectivamente, en 1.985 y 1.986. En los seis meses terminados en octubre de 1.987 ha sido de 1,9%.

Debe advertirse, sin embargo, que esta desinflación no es tan completa ni tan sólida como sería deseable; y que la hidra inflacionista puede todavía volver a levantar algunas de sus cabezas. Las tasas de incremento de los precios se han estabilizado, pero en los últimos meses parecen haber cesado de descender. Lo habían hecho por lo demás y salvo en algunos casos, sólo hasta niveles todavía bastante alejados de cero. En la economía central, en los Estados Unidos, la devaluación del dólar y la reducción del desempleo han estado por lo menos amenazando con hacer resurgir la inflación en 1.987. Economías de importancia como las de Francia, el Reino Unido e Italia tienen, o han tenido todavía muy recientemente, tasas de inflación apreciablemente superiores a la media ocdeística. La desinflación en la O.C.D.E. se había logrado a costa de los demás: de los exportadores de petróleo y de materias primas. La relativa recuperación de los precios de los crudos en 1.987 había sido un motivo mayor para que no continuase en él la desaceleración de las subidas de precios.

Una causa de la persistencia de la inflación -o una causa de las causas de ella- habría que ponerla, sin duda, en la persistencia de los déficit entre gastos e ingresos de los Sectores Públicos. Además del estadounidense (que es el déficit público clave y sobre el que se volverá después) persisten otros. Medidos por la "necesidad de financiación de las Administraciones

Públicas" y en porcentaje del PNB, los tenían en 1.987 mayores o mucho mayores que los Estados Unidos (donde constituía el 2,4% del PNB) países como Italia (con un enorme 10,3%), Bélgica (7,3%) y Holanda (6,3%). En este año, superávits sólo los tenían Noruega (donde era producto, en disminución, de la renta del petróleo del mar del Norte), Dinamarca (como resultado del gran choque estabilizador ya aludido) y Suecia (un caso por demás interesante ya que un gobierno socialista ha conseguido lo que parecía imposible hace unos años). Las democracias occidentales continúan siendo así, según una célebre expresión (debida al premio Nobel Buchanan y a Richard Wagner) "democracias en déficit". Déficit que se ha reducido -sin duda- en el curso de los últimos años -para el conjunto de la O.C.D.E. era de un 4,2% en 1.983, frente a un 2,7% en 1.987- pero que indudablemente también no ha sido anulado.

El desequilibrio clave de las economías de la O.C.D.E.

Aparte de las características esbozadas muy someramente en el epígrafe anterior, la posición de las economías de la O.C.D.E. antes de la reciente crisis bursátil ofrecía otra, que en muchos sentidos era la decisiva: la de estar sometida a la gran tensión provocada por el doble desequilibrio económico, interno y externo, aparecido en la economía de los Estados Unidos, principal país Miembro de la Organización (que manifiesta el crecido porcentaje de su PNB en el total de la O.C.D.E.: 40%).

Sobre este doble desequilibrio -sobre sus razones y orígenes, implicaciones y consecuencias- está ya todo dicho y muchas veces (veáse "Cuadernos de Información Económica" nº 8 y "PAPELES DE ECONOMIA ESPAÑOLA" nº 33). No se va a repetir aquí lo ya muy sabido. Este epígrafe se limitará a presentar algunas ob-

servaciones -nada originales, pero quizá algo menos reiteradas- y a describir la situación en que ambos desequilibrios parecían encontrarse en vísperas del pasado 19 de octubre.

Una primera observación: los déficit estadounidenses no resultan tan abrumadores cuando se comparan con las dimensiones de la propia economía norteamericana. Acabamos de verlo, en relación con el del Sector Público. Tampoco, siendo fuerte, parece tan desmesurado el déficit por Balanza de Pagos por Cuenta Corriente.

Si los Estados Unidos fueran un país como otro cualquiera, su solvencia externa, por el momento, estaría fuera de toda duda, pese al rápido incremento de su Deuda exterior. Pero parece profunda anomalía que la primera economía mundial sea también la primera deudora mundial. Lo malo es el peso del déficit comparado con el conjunto de las economías de la O.C.D.E. y con la mundial. Del PNB total de la O.C.D.E., el estadounidense constituye aún -como se ha reiterado ya- más del 40%; por lo que la financiación externa del déficit norteamericano era, desde el principio, un problema de gran envergadura. Hasta, digamos, mediados de 1.985, el capital privado universal se precipitó literalmente a ofrecerla, en uno de los procesos de causación circular tan frecuentes en las economías. Los altos tipos de interés americanos atrajeron en gran escala fondos, cuya llegada empujó al alza de tipo de cambio del dólar. La conjunción de altos tipos de interés con expectativas (luego confirmadas) de alza del dólar hizo de la financiación del déficit norteamericano un magnífico negocio. Desde mediados o finales del 85, hemos entrado en un proceso de causación circular de carácter contrario. Lo más alarmante puede ser que, desde hace ya muchos meses, la financiación del déficit estadounidense parece estar corriendo a cargo de los Bancos Centrales de los demás países

de la O.C.D.E., incluido el de España, y de fuera de la O.C.D.E. (con una asombrosamente alta participación del pequeño Taiwan). Alarma considerar el desbordamiento de las magnitudes monetarias que esta financiación del déficit norteamericano puede acabar provocando.

Una segunda observación: el riesgo con que se enfrenta el financiador externo de los Estados Unidos no es riesgo de solvencia propiamente dicho, a diferencia del que padece el acreedor de Argentina o de Brasil, sino un riesgo de cambio. El Gobierno de los Estados Unidos tiene aún, parece, una última baza que jugar, no sin costes y complicaciones, para continuar financiándose en el exterior con cargo a acreedores privados: emitir Deuda denominada en monedas distintas del dólar (una práctica difícil de aceptar por la mentalidad estadounidense).

Hay un tercer déficit estadounidense de que se habla algo menos, por otra parte intensamente relacionado con los otros dos: el déficit de ahorro. En términos netos, el ahorro estadounidense, como proporción del PNB, ha caído a niveles escandalosamente bajos. Bordean los Estados Unidos la situación, hasta ahora registrada en tiempo de paz sólo en algún país africano que otro, de ahorro nacional negativo. No sólo se financian excesivamente en el exterior: es que casi consumen más de lo que producen.

Actúan, no obstante, un par de villanos en esta trama muy impersonales y distintos de la prodigalidad o de la irresponsabilidad americana y de las malformaciones o disfunciones del proceso presupuestario en los Estados Unidos:

* El primero de estos dos villanos son los famosos efectos J, nunca, parece, tan elevados como en esta ocasión y que quizá prolongan de forma continua la también continuada depreciación del dólar.

* El segundo es el peso de los intereses de la Deuda ya contraída, para financiar el déficit, sobre el propio déficit. Excluidos los pagos de intereses, el presupuesto norteamericano se encontraría hoy casi en superavit.

Una última observación: los superávit externos del resto del mundo no son sólo un simple reflejo aritmético y pasivo del déficit estadounidense. Se concentran en muy pocos países: en Japón, la R. Federal, Taiwan y Corea. Constituyen también en esos países anomalías, tan notables a su manera como las norteamericanas. En el Japón opera la tremenda inercia de una política muy sesgada hacia la conquista de mercados extranjeros y hacia la protección del propio. En la República Federal la excesiva acomodación a un, probablemente muy evitable, semiestancamiento económico. En Corea y Taiwan, la falta de apertura del mercado interno y el intervencionismo proteccionista o el proteccionismo intervencionista. Que Taiwan ofrezca en 1.987 un excedente de Balanza Corriente del 24% del PNB, y Corea otro del 8%, parece aún más extravagante que el déficit norteamericano, que era tan sólo un 3,5% del PNB en este año.

¿Cuál era la situación del doble déficit norteamericano justamente antes de la caída de las Bolsas?.

El desequilibrio interno entre ingresos y gastos públicos había experimentado en realidad una fuerte reducción, en el ejercicio fiscal 1.986/87, comparado con el anterior. Su componente crítico -el déficit del Presupuesto Federal- había pasado de unos 220.000 millones de dólares a unos 148.000. Pero ocurría que, pese a las disposiciones de la famosa ley Gramm-Rudman-Hollings, no era previsible una ulterior reducción de este déficit -o en todo caso de su importe nominal- en el futuro inmediato, en el próximo bienio. Lo que cabía prever era un cierto incremento de su importe.

El desequilibrio externo, por su parte, continuaba incrementándose, aunque sólo levemente, en dólares corrientes, desde unos 140.000 millones en el 1.986 a unos 156.000 en 1.987 según las estimaciones más solventes. No obstante este incremento, se registraba ya una expansión muy fuerte (12%) de las exportaciones en volumen, acompañada sin embargo de otra del 5%, también en volumen, de las importaciones. Las ventas estadounidenses estaban recuperando su participación en los mercados; y el déficit de Balanza Corriente, como porcentaje del PNB, se esperaba que pudiera reducirse en 1/2 punto en 1.987.

Donde el empeoramiento había sido en todo caso notable era en la manera de contemplar estos déficit que tenían los agentes económicos afectados e interesados. Se dudaba de la capacidad o la voluntad norteamericana de reducirlos (o ambas cosas a la vez) a niveles "sostenibles" (cualquiera sea lo que ello quiera decir). Los déficit se habían hecho, de hecho, mucho menos sostenibles desde el momento en que se habían dejado de considerar sostenibles.

II. LA CRISIS BURSÁTIL Y LA NUEVA CAIDA DEL DOLAR: CONSECUENCIAS Y PERSPECTIVAS

Los efectos acumulados y entrecruzados, y transmitidos de unas economías a otras, de la caída de las Bolsas y del dólar, y de las reacciones de los Gobiernos frente a ellas, pueden ser muy complicados. Además de muy inciertos, porque en gran medida traducen -y se traducen en- cambios de expectativas, en reacciones tanto frente a los hechos como frente a las reacciones (o falta de ellas) de las Autoridades, en anticipaciones de unos y otras. Habría por todo ello que acudir, quizás más que al análisis económico, a la psicología y quizá a la parapsicología para averiguar en donde estamos.

Se piensa que el "efecto riqueza" (o "de empobrecimiento" al que se refería "Cuadernos" en su número 8) subsiguiente a la caída de la Bolsa va a ser fuerte en los Estados Unidos, donde una buena parte de los patrimonios domésticos consisten en acciones (20% al parecer), pero débil o muy débil fuera de ellos. Las medidas de política monetaria y de reducción de los tipos de interés adoptadas en buena parte de los países miembros, para responder a la crisis de la Bolsa, neutralizarán parcialmente dichos efectos-riqueza. La nueva y adicional baja del dólar tendrá un efecto estimulante de la demanda en los Estados Unidos, probablemente no muy marcado, dado el escaso peso en ellos del Sector Exterior. Y tendrá el efecto contrario, que a juzgar por la experiencia puede ser intenso, fuera de los Estados Unidos (aunque la moneda de Corea y en menor medida la de Taiwan han seguido descaradamente al dólar en su devaluación). La expansión de la liquidez debida al sostenimiento oficial de la divisa americana tendrá un efecto inflacionista. La inflación se verá reforzada en los Estados Unidos por la baja del dólar y contenida fuera de ellos por esta misma baja. Puede haber, además, un barroco juego de anticipación de todos estos hechos y posibilidades, que transforme, por ejemplo, el peligro de resurgimiento de la inflación en el temor a que se tomen las medidas restrictivas necesarias para combatir la inflación.

Las medidas de verdad adoptadas, hasta ahora, por los Gobiernos para hacer frente a la crisis de la Bolsa y a la nueva caída del dólar son bastante limitadas. Han consistido, básicamente, en flexibilizar la política monetaria y reducir los tipos de interés (es decir, aquellos tipos cuyo control esté al alcance de los Bancos Centrales). El acuerdo de principio entre el Presidente americano y el Congreso sobre la reducción del déficit, laboriosamente logrado, deja la situación prácticamente donde ya estaba, o debía estar según la Ley Gramm-Rudman-Hollings (en versión revisada). No es previsible, como ya se ha

señalado, que el déficit americano, en importes nominales, disminuya en los dos próximos ejercicios. Aumentará, incluso, levemente.

Las medidas -distintas de las de política monetaria- adoptadas en Alemania después de la crisis, esencialmente tendentes a la expansión de crédito concedido por el instituto oficial K.f.W., se estiman desprovistas de contenido real. Japón tampoco ha añadido medidas expansivas a las que ya había tomado, que estaban teniendo, por otra parte, un resultado apreciable. No ha habido, por el momento, novación del "acuerdo del Louvre" y del compromiso de defender unas determinadas paridades del dólar.

El componente más serio de tal defensa parece que habría de consistir, por lo demás, en la subida de los tipos de interés americanos, lo que sería ampliamente contradictorio con la política básica de sostenimiento de la demanda seguida tras la crisis bursátil.

Independientemente de las medidas adoptadas y no adoptadas, lo que de hecho haya ocurrido hasta el momento (como consecuencia de esta crisis, de la renovada presión bajista sobre el dólar y de las reacciones oficiales), en rigor, apenas se sabe algo. Las estadísticas correspondientes a noviembre empiezan a aparecer o están apareciendo ahora. Por el momento, no parece haber pasado gran cosa, en el sentido de que no parece estar ocurriendo una transmisión en gran escala de la crisis financiera al sector real de las economías -a la producción y a los precios-, y de que ni siquiera parece ocurrir un gran debilitamiento de las posiciones de solvencia más afectadas. Pero es muy pronto todavía para concluir nada.

Partiendo de estos acontecimientos (y no acontecimientos) la O.C.D.E. traza, en todo caso, unas previsiones que son las

perspectivas propiamente dichas y que recoge en síntesis el Cuadro 1. Hay que tener muy en cuenta, al examinarlas, que el Secretariado de la O.C.D.E. tiene prohibido el suponer, para trazarlas, que pueda haber movimientos de los tipos de cambio posteriores a la fecha de cierre de las proyecciones (el 10 de noviembre, en las presentes). La O.C.D.E. no especula (intelectualmente) sobre tipos de cambios se supone que para no provocar especulaciones prácticas sobre las monedas. Excusado es decir que, particularmente en una situación como la actual, ello no aumenta el realismo y el interés de las proyecciones publicadas.

Las cuales, por otra parte, hablan por sí mismas y no precisan, parece, de mayores explicaciones. El Secretariado espera, en definitiva, una reducción bastante fuerte, al menos proporcionalmente, de las tasas de incremento de la demanda interior total y del PNB, reducción más marcada en los Estados Unidos. Espera un leve aumento del paro y también de la inflación en el conjunto del área; y una reducción del déficit externo norteamericano que, sin embargo, continuaría estando todavía algo por encima de los 100.000 millones de dólares en 1.989.

Según el Secretariado de la O.C.D.E., no estamos pues en vísperas de ningún fin del mundo; pero tampoco, ciertamente, se anuncia un mundo mejor. Un crecimiento que ya era más bien mediocre se hará todavía bastante más mediocre, con la pérdida de un punto porcentuale en el incremento del PNB del conjunto del área entre 1.987 (2,75%) y 1.989 (1,75%).

Estas proyecciones se presentan, como resulta claro de los múltiples pasajes del texto de las "Perspectivas", con una importante salvedad: la de que, en una situación como la presente, un accidente grave entre muy dentro de lo posible. Tal accidente podría transformar la simple pérdida de impulso en ver-

RESUMEN DE PREVISIONES (1)

(Tasas anuales, corregidas de variaciones estacionales)

	1986	1987	1988	1989	1987	1988		1989	
					II	I	II	I	II
Variaciones en porcentaje sobre período anterior									
<i>PIB real:</i>									
Estados Unidos	2,90	2,75	2,50	1,75	3,25	2,50	1,50	1,75	2,00
Japón	2,40	3,50	3,50	3,00	4,50	3,25	2,75	3,00	3,00
Alemania	2,50	1,50	1,50	1,25	3,50	0,75	0,75	1,25	1,50
OCDE Europa	2,70	2,25	1,75	1,50	3,00	1,50	1,50	1,50	1,75
Total OCDE	2,80	2,75	2,25	1,75	3,25	2,25	1,75	1,75	2,00
ESPAÑA	3.4	4.50	3.50	3.50	--	--	--	--	--
<i>Demanda interna real:</i>									
Estados Unidos	3,90	2,00	1,00	1,00	2,50	0,75	0,25	0,75	1,50
Japón	4,00	4,25	4,00	3,25	5,75	3,75	3,25	3,25	3,00
Alemania	3,70	2,50	2,25	2,00	3,25	2,00	1,75	1,75	2,00
OCDE Europa	4,00	3,25	2,50	2,00	3,50	2,00	2,00	2,00	2,00
Total OCDE	3,80	2,75	2,00	1,75	3,50	1,75	1,50	1,75	2,00
ESPAÑA	6.2	6.75	4.75	4	--	--	--	--	--
<i>Inflación (deflactor del PNB/PIB):</i>									
Estados Unidos	2,60	3,00	3,50	3,75	3,25	3,75	3,75	3,75	3,75
Japón	1,80	-0,25	1,00	1,50	0,25	1,25	1,50	1,50	1,50
Alemania	3,10	2,50	1,75	1,75	1,25	1,75	1,75	1,75	1,50
Francia, Reino Unido, Italia y Canadá	4,80	4,25	4,25	3,75	4,50	4,25	4,00	3,75	3,75
Otros países de la OCDE	7,70	6,25	5,50	5,25	5,75	5,50	5,50	5,25	4,75
Total OCDE	3,80	3,25	3,50	3,50	3,25	3,50	3,50	3,50	3,50
ESPAÑA	11.1	5.5	4	3.75	--	--	--	--	--
Miles de millones de dólares									
<i>Balanzas por cuenta corriente:</i>									
Estados Unidos	-141,30	-156	-134	-105	-156	-145	-123	-109	-101
Japón	85,80	86	81	79	82	83	79	79	80
Alemania	37,10	44	41	32	45	43	38	34	31
Total OCDE	-22,80	-46	-50	-43	-56	-51	-48	-42	-44
OPEP	-34,00	-7	-6	-4	2	-8	-4	-4	-4
PVD no productores de petróleo	-10,10	12	15	6	17	17	13	9	4
ESPAÑA	4.1	1.5	-2	-4	--	--	--	--	--
Porcentaje de población activa									
<i>Paro:</i>									
Estados Unidos	7,00	6,25	6,00	6,50	6,00	6,00	6,25	6,50	6,50
Japón	2,80	3,00	3,00	3,25	3,00	3,00	3,00	3,25	3,25
Alemania	8,00	8,00	8,25	8,50	8,00	8,00	8,25	8,50	8,50
OCDE Europa	10,90	10,75	11,00	11,25	10,75	10,75	11,00	11,25	11,25
Total OCDE	8,30	8,00	8,00	8,25	7,75	7,75	8,00	8,25	8,25
ESPAÑA	21.5	20.75	20.25	19.75	--	--	--	--	--
Variaciones en porcentaje sobre el período anterior									
Comercio mundial (2)	4,5	3,75	4,25	3,50	8,50	3	3,75	3,50	3,50

(1) Las hipótesis subyacentes en las previsiones incluyen:

- Permanencia de las políticas presentes o anunciadas.
- Tipos de cambio invariables desde el 10 de noviembre de 1987, en particular 1 dólar = 133,6 yens y 1,66 D. M.
- Precio en dólares (importaciones FOB de la OCDE) para el petróleo en el comercio internacional de 18 dólares por barril.

(2) Media aritmética de las tasas de crecimiento del volumen mundial de importaciones y el volumen mundial de exportaciones. La fecha de cierre para la restante información utilizada en la formulación de las previsiones ha sido el 20 de noviembre de 1987.

dadera recesión y un cierto resurgimiento de las alzas de precios en verdadera inflación. De los accidentes hoy posibles, el más fácil vendría dado por un hundimiento abismal del dólar, que de nuevo implicaría un cambio drástico en un precio crítico y un choque económico mayor para las economías de todos los países (excepto, quizás, para la de los propios Estados Unidos).

Pero, como se ha visto, las Perspectivas se abstienen de prever cotizaciones del dólar y estos comentarios han de seguir las en su abstencionismo.

III. LA POSICION DE LOS DISTINTOS PAISES DE LA O.C.D.E.

Los tres grandes.

La O.C.D.E. no es una economía nacional, sino un conjunto de ellas: se queda, casi, en una "mera expresión geográfica", como se suele decir que es Europa. Pese a las intensas interdependencias e interpenetraciones contemporáneas, las economías nacionales de los países miembros de la Organización siguen llevando sus vidas individuales diferentes e incluso a veces divergentes.

A la economía nacional principal, la de los Estados Unidos, en realidad no le ha ido nada mal con sus desequilibrios, hasta ahora. Esta es razón de la mayor importancia, por supuesto, para que no se haya hecho hasta ahora gran cosa para corregirlos y para que se contemplen por las autoridades y la opinión pública norteamericanas sin gran sensación de urgencia. Pese a estos desequilibrios -es decir, a costa de ellos- el crecimiento económico estadounidense ha sido relativamente rápido a par-

tir de 1.983. Se ha situado por encima de la media ocedeística y no tan por debajo como esta última de los ritmos que eran habituales antes de la primera crisis del petróleo. Ha sido especialmente rápido el crecimiento del empleo. La expansión se ha producido al mismo tiempo que se desaceleraba muy notablemente la tasa de inflación, lo que constituye una combinación excelente. El alza del dólar sometió a intensa competencia a los exportadores americanos y al resto del sector "comercializado" y provocó todo género de reclamaciones proteccionistas, traducidas en no pocos casos en incrementos del grado de proteccionismo efectivamente practicado. El alza del dólar ha sido ahora sustituida por su baja, aunque muchas de las reclamaciones proteccionistas puestas en marcha continuen haciéndose oír con insistencia. Puede decirse, incluso, que también el resto del mundo se ha beneficiado, en ciertos aspectos, de los déficit estadounidenses que han constituido un factor de crecimiento universal. A través de ellos los Estados Unidos han transmitido a las demás economías su mayor dinamismo económico.

Varias otras razones de peso han operado en favor de la persistencia de los desequilibrios americanos. Tanto subir los impuestos (cuya reducción era gran designio de la "reaganeconomics") como reducir los gastos militares (cuyo acrecentamiento era una alta prioridad reaganista) o reducir los civiles (de cuya defensa se han encargado senadores y congresistas demócratas) son decisiones que se han hecho progresivamente menos apetecibles, a medida que se acercaban las próximas elecciones presidenciales. La complejidad y barroquismo del proceso presupuestario estadounidense se prestan muy bien, además, a toda clase de dilaciones. Y ya sabemos que, por añadidura, los déficit norteamericanos habían encontrado, hasta hace no mucho en abundancia, capitales privados dispuestos a financiarlos.

Para el Secretariado de la O.C.D.E., el impacto de la crisis bursátil a lo largo del bienio 1.988-89 -y de la reducción del

consumo directamente atribuible a ella- va a ser especialmente fuerte en los Estados Unidos. El ritmo de crecimiento del PNB perderá un punto, bajando de 2,75% en 1.987 a 1,75% en 1.989; lo que llevará, más que cualquier otro factor, al conjunto de la O.C.D.E. a perder asimismo un punto de crecimiento a lo largo del mismo periodo. Se proyecta también por la O.C.D.E. para los Estados Unidos un cierto incremento del paro y una cierta aceleración de la inflación (al menos de la medida por el deflactor del PNB). Se prevé, además, un incremento importante en volumen de las exportaciones, lo que debe dar lugar a una reducción, fuerte para el conjunto del bienio, del déficit de Balanza Corriente en dólares, a no ser que los efectos J de nuevas devaluaciones de la divisa norteamericana -no contempladas por la O.C.D.E.- lo impidan. Ocurrirá también, según la O.C.D.E., cierto incremento de la inversión, particularmente en vivienda, que vendrá impulsado por los bajos tipos de interés. La suma de estos dos últimos incrementos -de las exportaciones y de la inversión- no bastará, sin embargo, para compensar la antes aludida disminución del consumo.

Todo ello se proyecta suponiendo -la reiteración puede no ser en este caso excesiva- que los tipos de cambio del dólar sigan siendo los vigentes el día 10 de noviembre de 1.987, fecha de cierre de las Perspectivas o que, por lo menos, se parezcan a ellos. En esa fecha el tipo de cambio del DM con el dólar fue de 1,66 y el del yen 133,6. El día 18 de enero, el anterior a aquel en que se escribe este comentario, el tipo de cambio del DM con el del dólar era ya de 1.67 y el del yen 131.

Es posible que la economía japonesa no la entiendan cabalmente ni los propios japoneses, quienes -por celosamente que guarden sus secretos- nos la hubieran explicado ya alguna vez, de haberla de verdad entendido. Se dice que la historia de la economía mundial se divide dicotómicamente en la de la japonesa y el resto; o bien, tricotómicamente, en la de Argentina, asimismo ininteligible, la del Japón y la del resto.

Con la reserva que imponen las anteriores consideraciones, cabe afirmar que, en el pasado, un gran motor del hiper-crecimiento japonés ha debido encontrarse en el mantenimiento de una altísima cuota de inversión, financiada por la asombrosa tasa de ahorro de las economías domésticas. En contra de lo que se suele suponer, las exportaciones niponas no han crecido mucho más deprisa que el conjunto de la economía del país y siguen constituyendo hoy una proporción moderada del PNB, bastante menor que la española, por ejemplo. Pero simplemente para acompañar el velocísimo crecimiento doméstico estas exportaciones han tenido que expansionarse más que cualesquiera otras, conquistando impetuosamente y a grandes codazos los mercados extranjeros y ganando continuamente participación en ellos. En dólares corrientes, el valor de las exportaciones japonesas alcanza hoy casi el de las estadounidenses y no queda muy por debajo del de las alemanas. La penetración de los mercados extranjeros y la defensa proteccionista del propio han constituido principios fundamentales de la estrategia japonesa de desarrollo. Invertir (consumiendo sólo con gran parsimonia) para poder exportar más y exportar (importando lo menos posible) para poder invertir más, parecían las dos dediciones super-prioritarias y mutuamente reforzadas de la economía nipona.

A partir especialmente de 1.983, esta estrategia -combinada con la succión que provoca el déficit externo estadounidense y con el mantenimiento de las altas tasas de ahorro niponas- ha llevado a la aparición del desmesurado superávit de la Balanza de Pagos por Cuenta Corriente japonés, mayor aún, en cuanto porcentaje del PNB, que el déficit norteamericano. El excedente externo se ha visto además reforzado en Japón por la reducción progresiva de la necesidad de financiación de las Administraciones Públicas (déficit público), estimada en sólo un 1.2% del PNB en 1.987.

Por otra parte, las autoridades e incluso la opinión pública relevante parecen llevar ya muchos años en Japón convencidas de que la política económica practicada en el país debería modificar profundamente varios de sus planteamientos, dando más énfasis al consumo privado y al social o público internos, abriendo mucho más ampliamente el mercado nacional a la concurrencia de las importaciones y fomentando la inversión en vivienda y en infraestructuras. Pero ocurría que de este convencimiento, si era tal, no parecían deducirse consecuencias prácticas medianamente visibles.

Todo ello venía ocurriendo hasta justamente principios de 1.987, en que se ha producido un cambio de rumbo, diríase que importante y además en la dirección adecuada. Al menos en el pasado ejercicio resulta que Japón ha estado haciendo casi todo lo que los observadores más exigentes podían pedirle que hiciera. Ha estado aumentando a buen ritmo la demanda interna total, gracias al incremento del consumo privado y al gran impulso dado a la construcción de viviendas. Ello le ha permitido lograr el crecimiento del PIB más alto de todas las grandes economías de la O.C.D.E. (un 3.5%, como antes se ha visto). Han aumentado también muy fuertemente las importaciones, aunque en dólares corrientes el excedente de Balanza de Pagos por Cuenta Corriente no haya hecho más que contenerse.

La verdad es que no parece saberse muy bien cómo ha logrado Japón tan ejemplar comportamiento y buenos resultados. A principios del recién terminado ejercicio, un presupuesto "suplementario" lanzó un programa -de corte muy clásico- de obras públicas: pese al cual, la necesidad de financiación del conjunto del Sector Público (déficit público) apenas ha debido aumentar, ni debe haber tenido, por tanto, gran efecto estimulante durante el año. La política monetaria y de tipos de interés ha sido ciertamente muy expansionista. En todo caso, es importante lo

que la economía nipona ha logrado independientemente de cómo lo haya conseguido.

El Secretariado de la O.C.D.E. prevé el sostenimiento -aunque a ritmos de expansión reducidos, con pérdida de un punto en la demanda interna y de medio en el PIB entre el 87 y el 89- del buen comportamiento japonés a lo largo de los dos próximos años. Apenas prevé, en cambio, reducción en el excedente japonés por Balanza de Pagos por Cuenta Corriente, medido en dólares de cada año. Subsistirá así este gran desequilibrio de la economía japonesa y de la mundial. La inversión directa nipona en el extranjero, que ha adquirido enorme fuerza, y las salidas de capital-crédito que la acompañan o se verifican con carácter autónomo, pueden en alguna medida moderar sus efectos.

La República Federal de Alemania es el caso del alumno modelo transformado en el mal ejemplo; o que ha puesto muy en evidencia su cortedad de miras (no del todo infrecuente, por otra parte, entre los alumnos modelo). La admirada conjunción alemana de solidez y progreso económico parece haber perdido uno de sus dos elementos y haberse quedado tan sólo en solidez.

En los últimos años, la economía alemana ha estado creciendo a un ritmo bajísimo, casi calificable de simple estancamiento: poco más del 1% como media anual del periodo 1.980-87. En el último ejercicio lo ha hecho, según se estima, a un 1.5%. Durante estos años, el paro ha aumentado primero y se ha mantenido luego en un nivel elevado (8% de la población activa a finales de 1.987). Por importes relativos comparables a los japoneses, al menos en los dos últimos años -aunque supongan sólo una mitad de los nipones en valores nominales- han aparecido en la República Federal grandes y persistentes excedentes de Balanza de Pagos por Cuenta Corriente.

La política económica alemana se ha acomodado de manera que se juzga generalmente muy pasiva a esta nada favorable evolución. Hasta el año 86, ha continuado además, empeñada en, ante todo, suprimir el déficit del Sector Público, una vez suprimida la inflación. Este déficit había llegado a tener cierta importancia hace cuatro o cinco años; pero su ulterior reducción se había hecho luego visiblemente incongruente con las conveniencias del momento. El déficit aún subsistente se estima en un 1.7% para 1.987.

La pasividad político-económica alemana no deja de explicarse por varios motivos. El Fisco alemán, por ejemplo, tiene planteado a medio plazo un problema de incremento muy sustancial de los gastos por pensiones, al que intenta no añadir otro resultante de una gran Deuda Pública. Puede pensarse, por otra parte, que la desaceleración del crecimiento alemán es cuestión sobre todo de envejecimiento de la población y de madurez tecnológica; y que, por tanto, no es superable mediante simples curas de estimulación de la demanda. Es también cuestión de preferencias: de preferencia por la estabilidad; de temor, más bien terror, a la inflación; de mayor aprecio del tiempo libre. Algo parece muy fuera de duda: que partidos, Gobierno y opinión pública no consideran que la situación económica del país sea de crisis ni exija actuaciones especialmente urgentes.

Ciertamente no las está habiendo, por ahora, como ya se ha visto. La República Federal ha anticipado parte de las rebajas impositivas resultantes de una reforma fiscal prevista para 1.990; ha practicado una política monetaria y de tipos de interés permisiva, para las costumbres del Bundesbank (los tipos alemanes de descuento son actualmente los más bajos del último siglo); ha hecho algún gesto, poco convincente, cara a la galería, como el de anunciar una expansión de la oferta de crédito oficial. Pero esto ha sido casi todo.

El Secretariado de la O.C.D.E. prevé una continuación de esta baja tónica germana durante los dos próximos años, por otra parte sin descensos importantes, que transformarían el ya parco crecimiento en retroceso. Supone que el PNB crecerá en un 1.75% en el 88 y en un 1.25% en el 89. Esperan que la demanda interna crezca tres cuartos de punto por encima de estos porcentajes, lo que permitirá continuar la expansión en volumen de las importaciones, que ya está teniendo lugar a un ritmo relativamente vivo. Gracias a ello, el excedente de Balanza de Pagos por Cuenta Corriente, en las hipótesis técnicas y no técnicas de la O.C.D.E., registraría una reducción en dólares corrientes proporcionalmente apreciable. En valores nominales, pasaría de unos 44.000 millones de dólares en el 87 a unos 32.500 en el 89.

Antes de dejar Japón y la República Federal, una última observación sobre sus superávit externos. Lo normal es que los países ricos los tengan; lo anómalo parece en ellos una posición de déficit, como la de los Estados Unidos. Lo deseable sería que los superávit de los ricos sirviesen para financiar las importaciones de capital de las economías menos desarrolladas. Desafortunadamente, la crisis de la Deuda Exterior ha demostrado -y sigue demostrando convincentemente- que los límites de la importación de capitales, en cuanto estrategia de desarrollo, son muy estrechos. Los superávit de los países ricos están así sirviendo para financiar el déficit de otro país rico.

Cuatro medianos y el resto.

Francia intentó hace unos años -durante la primera etapa del primer Gobierno socialista- autopropulsarse hacia el crecimiento económico rápido, autónomo y autosostenido. El experimento salió francamente mal y condujo a una crisis de Balanza de Pagos de la que Francia no parece aún del todo repuesta. Desde 1.980 su historial económico ha sido muy poco brillante. Ha

crecido aún menos, o algo menos, que la República Federal; ha mantenido una tasa de paro más elevada que la alemana y ha acumulado déficit en lugar de superávit. Ha tendido -pese a la debilidad del crecimiento interno- a incurrir en un déficit de Balanza Corriente. Como en numerosas ocasiones anteriores, la fragilidad de la posición competitiva francesa y el insuficiente progreso de las exportaciones parecen haber vuelto a constituir el problema básico. También el déficit del Sector Público se ha mantenido en cotas elevadas y sólo paulatinamente descendentes (era del 2.8% del PNB en 1.987) y la desinflación no ha sido tan rotunda. La posición francesa es mediocre. Considerada en sí misma -otra cosa podría ocurrir en un contexto internacional más dinámico-, no ofrece en absoluto los márgenes de maniobra que presenta la alemana.

La O.C.D.E. -que puede haber subestimado algo el crecimiento francés reciente, por otra parte- prevé la prolongación durante los próximos años de tasas muy modestas de expansión del PIB (1.5% en el 88; 1.25% en el 89). Prevé también un cierto incremento del paro y la subsistencia de un moderado déficit de Balanza Corriente. Los franceses, como es costumbre, se libran de la crítica mucho mejor que sus vecinos alemanes; pero, en la materia considerada, es dudoso que en definitiva se la merezcan hoy mucho menos.

En el caso del Reino Unido, la sorpresa viene producida por motivos muy contrarios. De permanente farol rojo de la economía europea durante decenios, la economía británica se ha situado, a juzgar por los indicadores habituales, en el pelotón de cabeza o cerca de él. El 3.4% anual medio a que ha crecido el PNB británico en los últimos cinco años no ha quedado por debajo de la tasa habitual antes de la crisis del petróleo (3.2% en el periodo 1.968-73, por ejemplo). Es un tema debatible y complicado el intento de aclarar a qué se deba esta mejora -al petróleo del mar del Norte, o a las políticas y disciplinas aplica-

das por la Sra. Thatcher o a terceros factores- y hasta qué punto lo haya sido.

Por otra parte numerosos aspectos de la situación británica son poco satisfactorios. El paro -casi el 11% de la población activa a fines del 87- está retrocediendo, pero es muy elevado. Lo mismo ocurre con el déficit del Sector Público; y la posición de Balanza de Pagos por Cuenta Corriente es frágil. La mayor preocupación la inspiran con todo los precios y la amenaza de que resurja la más que característicamente británica espiral entre ellos y los salarios. Pese a un buen historial reciente, la economía británica, aisladamente considerada, tampoco parece prestarse a encajar grandes estímulos o impulsiones.

La O.C.D.E. prevé para los años 1.988-89 un amortiguamiento de la expansión británica, especialmente en el segundo de ellos. Esta expansión quedaría, sin embargo, por encima de la franco-alemana. Continuarán descendiendo algo la tasa de paro y la necesidad de financiación del Sector Público; se incrementará, por otra parte, el déficit de Balanza Corriente.

La Italia del milagro -cuando, como en el periodo 1.960-68 la economía del país crecía del 10.4% anual, o al 8.4% todavía en el periodo 1.968-73- ha quedado ciertamente muy atrás. A partir de 1.980, la expansión italiana, en conjunto, apenas ha estado por encima de la reducida media ocdeística, aunque en el trienio 83-85 la haya sobrepasado apreciablemente.

Ha sido tema recientemente de moda el del supuesto rejuvenecimiento de la economía italiana, sobre todo en la sumergida, cuya adición a la oficial colocaría a los italianos en un PNB per cápita superior al británico. Da la impresión de que se ha exagerado mucho la transcendencia de este neo-milagro, los prodigios de la economía sommersa y la realidad del sorpasso. Otra

cosa es que en Italia, o en amplias zonas de ella, el ya muy alto nivel de los ingresos personales contraste, cada vez más exageradamente, con el mal funcionamiento (o la ausencia) de cuanto sea o pretenda ser servicio público y bien público o colectivo. Opulencia privada frente a la miseria pública, afirmaba Galbraith para referirse a la economía norteamericana de los años 60 y esa es la situación italiana. Y lo es no ciertamente por falta de fondos. La succión efectuada en Italia por el Fisco está ya bastante por encima de la media de la O.C.D.E.

Precisamente, el mayor de los actuales problemas de la economía italiana hay que verlo en la extraordinaria magnitud y duración del déficit público, que era todavía de algo más del 10% del PNB en 1.987, tras haber alcanzado una cúspide del 12.3% dos años antes. La relación entre Deuda y PNB debe estar ya muy próxima al 100% y es una de las más elevadas del mundo. Para no pocos observadores, el verdadero neo-milagro italiano es que este déficit no haya -por el momento- terminado en magna catástrofe. Al lado de él, los demás desequilibrios de la economía italiana palidecen. El paro es importante (casi el 11% a fines del 87) y tiende a incrementarse; la tasa de inflación está por encima de la media; la posición de la Balanza de Pagos por Cuenta Corriente es frágil y su brusco empeoramiento obligó a la adopción de medidas restrictivas de cierta intensidad en la primera mitad de 1.987, año en que el crecimiento italiano no ha sobrepasado el medio de la O.C.D.E., aunque haya sido superior al franco-alemán.

La O.C.D.E. no prevé un estallido de la bomba fiscal italiana en el próximo futuro, sino una simple desaceleración -análoga a la media- del crecimiento, conjuntamente con un aumento del paro, una levísima mejora del déficit público y un leve deterioro del déficit externo. En la Italia contemporánea hay bastante de milagro -otro- ya en que las cosas se queden como están.

Canadá nos coge muy lejos, a los españoles, y parece una prolongación demasiado inmediata de los Estados Unidos para interesarse mucho por sus problemas económicos. En efecto, en los últimos años, el ritmo de crecimiento canadiense ha sido análogo al de su gran vecino y superior al europeo. Ha sido sobre todo intensa en Canadá la creación de empleo; pese a lo cual -y en virtud del aumento simultáneo de la tasa de actividad- el nivel de paro es todavía alto. También los desequilibrios estadounidenses han sido imitados por el Canadá; pero en él no llaman la atención ni tienen tanta importancia para los demás países. La economía canadiense, en efecto, no llega a la décima parte de la del vecino norteamericano. Los déficit externos canadienses han sido moderados (un 1.6% del PNB en 1.987); pero el interno (4.4% en el último año; era del 7.0% dos años antes) es bastante descomunal.

La O.C.D.E. prevé para Canadá la habitual desaceleración del crecimiento en el próximo bienio, acompañada de sólo una lenta mejoría del déficit del Sector Público.

El resto de la O.C.D.E. lo formamos un elevado número de países, nada menos que diecisiete. Entre todos sumamos una proporción francamente reducida -entre una octava y una séptima parte, según los años y los tipos de cambio- del PNB de la Organización. No cabe entrar aquí en una consideración mínimamente detallada de las posiciones y peculiaridades de cada uno; pero se intentará por lo menos mencionarlos, aunque sea prescindiendo de antemano de los muy pequeños (Islandia, Luxemburgo) y de los muy remotos (Australia, Nueva Zelanda) y dejando también aparte el caso de España (a cuya situación se dedica un análisis detenido en este mismo número de "Cuadernos").

Austria refuerza su dependencia básica -por razones de geografía física y humana- respecto a la República Federal mediante una política económica cuyo pilar básico es el mantenimiento

de una paridad entre el DM y el schiling inalterable. La desaceleración del crecimiento alemán se ha contagiado doblemente a Austria, incluso con algún agravamiento, motivado por la necesidad en que se encuentra o considera este país de reducir un déficit fiscal de importancia.

Suiza ofrece hoy amplio excedente interno (o así se cree, ya que las estadísticas relativas al conjunto del Sector Público suizo no abundan) y un amplísimo excedente de Balanza de Pagos por Cuenta Corriente (en términos proporcionales, mayor que el alemán). Pero sería inútil esperar del tan rentable conservadurismo suizo ninguna medida de estímulo económico un poco audaz; y afortunadamente Suiza supone, en cuanto economía, sólo la séptima parte de Alemania.

Bélgica y Holanda son dos países que también han contraído -simultáneamente, como les corresponde- la enfermedad del semi-estancamiento económico, en grado muy considerable. El paro es en los dos importante. Su posición de Balanza de Pagos por Cuenta Corriente es muy holgada: pero, en cambio, las cuentas del Sector Público arrojan en ambos un déficit alarmante y persistente. En 1.987, este déficit fue del 7.3% del PIB en Bélgica y del 6.3% en Holanda. Para ambos países, la O.C.D.E. prevé una continuación del crecimiento lento, hecho aún más lento, y la continuación de los déficit internos.

Suecia y Dinamarca han tenido que administrarse a sí mismas importantes dosis restrictivas y estabilizadoras para corregir sus desequilibrios macroeconómicos. Dosis especialmente intensas y recientes en el caso de Dinamarca, donde tales desequilibrios habían llegado a extremos latinoamericanos. En Suecia no hay apenas paro, lo que se atribuye a las habilidades suecas para reciclar, reeducar y recalificar a los parados y puede deberse también a que éstos últimos se supone, a efectos estadísticos, que dejan de serlo mientras se reciclan. En Dinamarca,

en cambio, se registraba una tasa de desempleo del 8% a fines de 1.987.

Noruega es otro extraño país sin paro, más bien con escasez crónica de mano de obra (que no alivia la inmigración, por estar prohibida). La ausencia de desempleo parece aquí consecuencia directa de la abundancia de petróleo, cuya exportación había llegado a equivaler a una cuarta parte del PNB en 1.985. La caída del precio del petróleo ha supuesto una fuerte reducción de la Renta Nacional noruega a la que el país debe ajustarse ahora mediante reducciones paralelas en el gasto. Finlandia, el cuarto nórdico, se las ha arreglado para ofrecer en los últimos años un historial económico comparativamente bueno, en cuyas más bien complejas razones no estaría muy justificado internarse aquí, dado el escaso peso de este país en el conjunto de la O.C.D.E.

Irlanda tiene que pagar ahora -a costa incluso de la renuncia a cualquier crecimiento durante años- los excesos cometidos en el pasado, en forma de una muy desmesurada acumulación de Deuda Pública, equivalente hoy al 150% del PNB y que en una mitad aproximadamente se debe a acreedores externos. Portugal está mostrando en los últimos años la gran vocación hispano-lusitana para llevar vidas paralelas, aunque separadas y tan mutuamente desconocidas como sea factible. Excepto, principalmente, por registrar una mucha menor cuota de paro -lo que tiene muchísimo de sorprendente-, el historial económico portugués se parece bastante, en este periodo, al español. Grecia, en reñida competición con Dinamarca, ha sido la verdadera campeona europea del déficit, o mejor dicho, de los déficits: Está ahora intentando corregirlos. Turquía presenta una problemática aún tercermundista. Su gran problema -entre otros- es la Deuda Externa. Lo ha controlado en la medida suficiente para mantener una alta tasa de crecimiento -por supuesto, la más alta de la O.C.D.E.- en el pasado reciente. La incógnita es la de si lo-

grará seguir haciéndolo en el futuro. La problemática del endeudamiento bloquea desde hace años el desarrollo en Yugoslavia, país que tiene en la O.C.D.E. solo un status de observador y al que las Perspectivas no hacen referencia.

IV. BREVE RECAPITULACION

Tras haber contemplado sus dos docenas de árboles, echemos una breve ojeada de despedida al bosque. Cuatro constataciones parecen las fundamentales:

1. La de la debilidad del crecimiento en las economías occidentales. Las tasas de expansión logradas a lo largo de los últimos años deben calificarse de mediocres o muy mediocres, a poco que se sea exigente en el juicio; y van a reducirse, muy probablemente, a lo largo del próximo bienio.
2. La de la persistencia de los grandes desequilibrios, aunque en ellos operen ya elementos de corrección, de manera excesivamente lenta. La "hipótesis técnica" de que parten las Perspectivas de la O.C.D.E. -la estabilidad de los tipos de cambio- resulta incongruente con ellas, con el mantenimiento de déficit y superávit tan elevados. Ello vale no sólo para los tipos del dólar respecto al DM y al yen; también para las paridades internas al SME.
3. La de la intensificación de los riesgos de accidente grave, consista éste en un nuevo derrumbamiento de las Bolsas -la mayoría de las cuales están todavía por encima de las cotas de hace dos años- o en un derrumbamiento del dólar o en algún tercer acontecimiento por su naturaleza misma hoy imprevisible.

4. La de que la imaginación político-económica de los principales Gobiernos y su sentido de responsabilidad internacional parecen hoy muy deficientes, en relación con las exigencias de la hora.